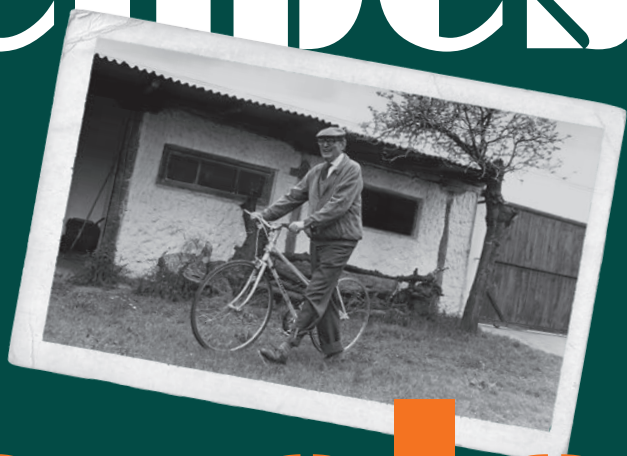


Germán Delibes

El



abuelo
Delibes

DESTINO

Germán Delibes Caballero

El abuelo Delibes

Ediciones Destino Colección Imago Mundi **Volumen 392**

© Germán Delibes Caballero, 2025

© De las imágenes, cortesía de Fundación Miguel Delibes, Archivo del autor.

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir las imágenes publicadas en esta obra. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar, identificar y recabar la autorización de los propietarios de los copyrights. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado y se corregirá en ediciones posteriores.

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Primera edición: octubre de 2025

ISBN: 978-84-233-6838-9

Depósito legal: B. 15.417-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Gómez Aparicio Grupo Gráfico

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



ÍNDICE

Introducción. Un abuelo diferente.	11
El tenis	15
La caza	35
Sedano	59
La bici.....	87
La Casona.....	105
El cambio	121
Regalos y dedicatorias	145
El Cervantes	171
Enfadados.....	183
Los Delibes y el cole	201
Correspondencia	213
La ausencia.....	229
La clásica MAX.....	239
<i>Agradecimientos.....</i>	<i>259</i>

EL TENIS

Otra cosa que, aunque no estatuida, también procuro respetar es la proporcionalidad de edad en las parejas, es decir, busco un joven para acompañar a un viejo. Con ello trato de equilibrar no sólo el juego de los contendientes sino el resultado. Este es el secreto de que un tipo de la tercera edad pueda seguir dándole a la raqueta con cierto garbo.

MIGUEL DELIBES, *Mi vida al aire libre*

«Germanito, hijo. Estate tranquilo que no pierdo mi saque desde el 72.»

Con estas palabras tranquilizadoras cruzábamos la red hacia el otro lado de la pista el Abuelo y yo

con un objetivo claro en la cabeza: derrotar a unos rivales que nos habían llevado a un partido igualado y que sin duda venderían cara su derrota en el último juego. A continuación, Delibes iniciaba el ritual del servicio con un *¿Play?* que, a la espera del consiguiente *Ready* del rival, avisaba de la inminente llegada de un saque metódico que, a pesar de lo liviano, resultaba dañino para el restador por su ángulo y colocación. Así emprendíamos la carrera hacia el triunfo en la que un muchacho como yo, en plena pubertad y con toda la fuerza del mundo, hacía lo indecible para agradar a un abuelo al que, todo hay que decirlo, no le gustaba perder ni al parchís. Prueba de ello es que en cierta ocasión nos mandó repetir el sorteo en un torneo de dobles familiar al considerar el resultado poco equilibrado. El problema en realidad no era de equilibrio: la *pareja de baile* que le había correspondido no era de su agrado. En el segundo intento, la fortuna tuvo a bien emparejarlo conmigo; el Abuelo, entonces, no puso la menor objeción.

Como explica en su libro *Mi vida al aire libre*, Delibes retomó, al cabo de muchos años, una de sus pasiones de juventud: el tenis. Guiado por un impulso a todas luces pueril y en contraposición a su espíritu austero, decidió construir una pista de tenis a orillas del río Moradillo, en el municipio burgalés de Sedano, residencia estival de la familia. En los

meses de julio y agosto, con los rigores del calor, la cita con el Abuelo resultaba ineludible a última hora de la tarde, cuando la pista se veía protegida por la sombra de la ladera de enfrente. Durante los partidos que disputaba, la mayoría de las ocasiones en la modalidad de dobles, los contendientes que disfrutaban del privilegio de jugar con él eran seleccionados por criterios de edad, por lo que la participación de los nietos quedaba supeditada a la presencia o no de adultos.

Por fortuna, ser uno de los nietos mayores y haber heredado esa «educación francesa» de la que él tanto alardeaba me permitió disputar infinidad de encuentros a su lado. Para mí era todo un orgullo que me eligiese. Y sí, él escogía a su pareja. Al igual que los niños que se presentan en el patio del colegio con su balón de fútbol y se atribuyen el privilegio de empezar a seleccionar a los miembros de su equipo sin un sorteo previo, Delibes, como el más veterano de los cuatro contrincantes, tenía potestad para designar a la persona que le acompañaría en la práctica de un deporte que consideraba «de caballeros» por su origen inglés y por la idiosincrasia que le otorgaba a los hombres y mujeres que lo jugaban. Así nos iniciamos los nietos en el mundo del tenis; eso sí, sin sustraernos de las más viejas normas del *fair play* británico, por más que Delibes en su libro afirme lo contrario: «Yo, seguramente por añoranza, intento cada día resuci-

tar las arcaicas fórmulas señoriales, pero con poco éxito. Algún hijo, mi yerno Pancho por complacerme, me siguen el juego, pero pare usted de contar. En cuanto me ausento de la cancha el *play* y el *ready* tradicionales se van a hacer puñetas». Así, habíamos de anunciar el saque mediante un *play* contundente, y en ese mismo instante se producía la tensa espera hasta que el restador, aleccionado previamente, contestaba el pertinente *ready*, dando así su consentimiento para iniciar el punto. Tanto es así que, en más de una ocasión, el Abuelo se mantenía firme sin sacar, impasible, hasta que el adversario, desconcertado ante la pasividad de su oponente, recordaba que debía darle el visto bueno. A mí esta norma me ruborizaba cada vez que venía alguien nuevo a jugar. Por ejemplo, cuando mis abuelos canarios visitaban Valladolid, me faltaba tiempo para aleccionar a Papá Nono, gran jugador de tenis, por cierto, de cómo debía actuar llegado el momento.

La clave del éxito a la hora de jugar con Delibes radicaba en suplir sus dos principales carencias dentro de una pista. Una, la escasa potencia de sus golpes y la otra, la dificultad, no exenta de riesgo para su integridad, de llegar corriendo a las dejadas del contrario, sobre todo en el caso de las temibles *germaninas* de mi padre, Germán, que, cargadas con un efecto endiablado, resultaban demoledoras. ¿Cómo contrarrestar estos dos hándicaps? Del primero se

encargaba el propio Delibes con un juego metódico y sin grandes alardes, pero muy seguro, que acababa impacientando al rival. Del segundo, y aquí venía el quid de la elección de su pareja, se ocupaban las piernas de su compañero. El desgaste físico que suponía correr a por las bolas que quedaban cerca de la red había de realizarlo su joven acompañante.

Gratos recuerdos, sin duda, los de aquellos partidos en una pista que presentaba una serie de inconvenientes. Uno, su accesibilidad. Situada justo enfrente de nuestra casa, pero al otro lado del río, las dos opciones que teníamos para llegar a ella eran claras. Bien saliendo por la carretera en dirección Santander para cruzar el Moradillo en el barrio de Valdemoro, bien dirigiéndose hacia el centro del pueblo, en sentido contrario, y atravesar el río —poco más que un arroyuelo— por el puente de la panadería. En ambos casos la distancia era considerablemente mayor que atajando en línea recta desde la Casona por las huertas de La Tobaza. De ahí que cada año, en los primeros días de julio, con la llegada de los primeros inquilinos a Sedano, nos afanáramos en construir en ese punto una pasarela con mi padre y el tío Pancho como improvisados arquitectos. Para ello aprovechábamos las piedras grandes del río, utilizadas como pilares, toscos tablones de madera tendidos entre ellas e incluso, en alguna ocasión, cuerdas a modo de pasamanos (aunque su fun-

ción fuera meramente decorativa) para garantizar la estabilidad de los participantes. Todavía me parece sentir la mano del Abuelo sobre mi hombro tratando de equilibrarse para recorrer aquel improvisado puente, de la misma manera que recuerdo cómo agarrábamos el mango de la raqueta de nuestro predecesor para poder superar, una vez vadeado el río, el pequeño talud que se interponía entre nosotros y el recinto deportivo. Pero si difícil era el acceso, no menos complicada resultaba en algunos momentos la recuperación de las bolas que, por lances del juego, acababan fuera de la pista. La malla metálica perimetral, más baja en los laterales, no impedía que en algunos momentos del partido tuviésemos que buscar la pelota de turno, como si de una perdiz alicortada se tratase, en la tupida vegetación del entorno. Si a eso unimos la proximidad del río, los lectores podrán imaginar la dificultad del cobro, únicamente contrarrestado por el color chillón de la bola. En esos casos, ambas parejas salíamos del recinto, raqueta en mano, y nos empleábamos a fondo en una laboriosa búsqueda en la espesura que bordeaba la pista. Otro cantar era cuando intuíamos que la bola tomaba la dirección de la ribera. Ahí, tras gritar los cuatro contendientes al unísono «¡Ríooo!», y en una operación casi sistemática, esprintábamos hacia la puerta y, como establecido por una norma no escrita, el primero se dirigía a la zona de impacto mien-

tras el último bajaba al río unos metros más abajo, intuyendo que la bola podía ser arrastrada por la corriente. En más de una ocasión teníamos que pescar la pelota usando la raqueta a modo de sacadera.

Generalmente, un poco antes de la comida, el Abuelo nos convocaba para fijar la hora del partido de la tarde, que podía variar en función del calor reinante. Según se aproximaba la cita, los participantes nos preparábamos, cogíamos nuestras raquetas, las bolas y las llaves —siempre colgadas en el mismo clavo en una de las paredes de la despensa de la Casona— y esperábamos pacientemente en el jardín a que él bajase desde su refugio para ir hacia la pista.

Recuerdo todavía la situación un tanto esperpéntica que se produjo en una de esas esperas en el patio de la Casona. El Abuelo, de una puntualidad británica, debía de estar al llegar cuando un vehículo se detuvo frente a la casa y de su interior bajó una pareja preguntando si aquella era la residencia estival de don Miguel Delibes, el escritor. Al mismo tiempo pude atisbar con el rabillo del ojo la silueta del Abuelo, que bajaba ya a nuestro encuentro por el camino de la huerta de arriba, lo cual no fue obstáculo para que, con todo aplomo, respondiéramos a los visitantes que, efectivamente, allí pasaba los veranos, pero que en ese momento no se encontraba en el pueblo. Era esta una táctica que teníamos bien aprendida los

nietos desde temprana edad y que aquel día pusimos en práctica sin darnos cuenta de que, si aparecía de repente, nos dejaría en entredicho. Afortunadamente, cuando volví la cabeza esperando encontrar al Abuelo sorteando el puentecillo que vadea el arroyo y presagiando el fatal desenlace, Delibes ya no estaba allí. Había desaparecido como por arte de magia. Era como si la tierra se lo hubiese tragado sin dejar rastro. Si aquel matrimonio hubiese sabido de antemano lo poco o nada que le gustaban las irrupciones de los curiosos o cualquier visita no concertada, no hubiera detenido el coche siquiera. Supongo que el precio del reconocimiento radica en eso, en soportar situaciones que, aunque a uno no le agraden, han de sufrirse estoicamente y, a poder ser, con buena cara. Pero el Abuelo eso no terminaba de asumirlo. Si había construido su refugio en Sedano era precisamente para descansar, desconectar del mundanal ruido de la urbe y poder disfrutar de la familia y la naturaleza en estado puro. Todavía tengo presentes sus lamentos cuando, justo al pie de la ladera donde se ubica su casita de madera, a escasos cincuenta metros por debajo de ella, empezaron a construir unos adosados. El Picón, que así se llama la urbanización, trajo en jaque a Delibes en sus inicios, tanto que llegó a plantearse la búsqueda de otro rincón todavía más inhóspito donde poder pasar desapercibido. Creo recordar incluso que llegó a visitar y consultar

el precio de una casa para alojar a toda la familia en Gredilla, a dos pasos de Sedano. Al final no hizo falta, su impacto ambiental, y sobre todo social, fue menor del temido, y el Abuelo pudo seguir manteniendo su privacidad sin que los vecinos colindantes interfiriesen en sus quehaceres diarios. Pero volviendo a los visitantes, allí seguíamos conversando con ellos cuando, al cabo de un buen rato, reparé en la visera del Abuelo, que apenas sobresalía por encima de unos matorrales. Oculto tras la maleza y sin intención alguna de mediar en aquel asunto, Delibes observaba con curiosidad y expectación cómo sus nietos lidiábamos con aquellos bienintencionados admiradores. Y en el mismo momento en que logramos zafarnos de ellos, un «¡Pero hombre por Dios! ¡No le dejan a uno vivir tranquilo!», que sonaba a lamento y a alivio al mismo tiempo, emergió del otro lado del muro de piedra. Delibes, ya de pie, con su chándal de algodón gris, su raqueta en la mano y su visera atravesó por fin el arroyo de la Casona y se unió a nosotros maldiciendo el precio de una fama que, más que buscada, le vino impuesta.

Grandes encuentros los vividos en esta pista sedanesa, aunque no sé si tanto como el épico e interminable disputado por el Abuelo y el tío Miguel, su primogénito, contra Unzu y Pérez del Río. Inmortalizado en *Mi vida al aire libre*, se cuenta que llevó a sus contendientes a un partido eterno en el que el

último set, sin un desempate al uso en forma de *tie break*, se alargó hasta el 39-37 final en favor de la pareja navarra; pero se trata, sobre todo, de un revelador testimonio del pundonor de los Delibes. En mi caso, tengo grabado como si fuese ayer un individual disputado contra mi tío Juan, quinto de los hijos de Miguel y Ángeles, el 13 de septiembre de 1991. La fecha resultaría irrelevante de no ser porque mi oponente se casaba tres horas más tarde con mi tía, Ana Cuadrado, en la iglesia de Moradillo, a escasos cinco kilómetros de Sedano. Sería absurdo no reconocer que mi tío Juan, en plena madurez física y mental, tenía todas las papeletas para ganar al jovencito de dieciocho años que, fuerte pero inexperto, no le faltaban ni ilusión ni ganas para derrotar a su tío preferido. Y así fue, el partido, que empezó claramente a favor de Juan, se fue enquistando a medida que pasaban los minutos. El ajetreo de personas yendo y viniendo, así como el ruido de coches que llegaban desde el otro lado de la carretera, nos recordaban la proximidad del enlace. Evidentemente, mi única preocupación era derrotar a mi adversario independientemente de si este llegaba tarde o no al altar. Juan, por el contrario, trataba por todos los medios de que el partido no se alargase demasiado, arriesgando en sus golpes, lo que ocasionaba que cometiera más fallos de lo habitual. ¿Consecuencia? Nos vimos abocados a un final de infarto, un último set que

no se pudo culminar por culpa de las voces de familiares y amigos que, desde el otro lado del río, temiendo que el novio se retrasase, se desgañaban por hacernos entrar en razón. El «¡Juaaaaaaaaannnnnnnnn! ¡Que te casas en media hora!» o el «¡Germáááánnnnn!, ¡dejen de jugar, que no llegamos!» de mi madre provocaron que el partido acabase en tablas y que mi tío, me lo sigue recordando hoy, continúe creyendo a pies juntillas que no ganó aquel encuentro por los nervios del inminente enlace y el histerismo de unos invitados que desconocían, a tenor de sus gritos, la trascendencia de aquel partido. He ahí la competitividad de los Delibes, una virtud —o no, según se mire— de la que hacía gala el Abuelo y que solíamos llevar al extremo, aunque en aquellos partidos veraniegos todo se resolviese en familia.

En uno de los disputados partidos que jugó contra nuestro abuelo, mi primo Can Corzo, segundo de los hijos de Elisa y Pancho, se convertiría en protagonista de una anécdota inolvidable. Durante uno de los lances del juego, el Abuelo acabó, cosa rara en él, pegado a la red obligado por una dejada del contrario. Tras golpear allí la bola, esta le llegó plácidamente a Can, jugador más de potencia que fino estilista, quien, como era de esperar, soltó un tremendo latigazo dirigido al cuerpo de Delibes. Este, mediante un acto reflejo, solo pudo acertar a taparse la cara con la raqueta mientras la bola golpeaba en el mar-

co para caer muerta, como la mejor de las dejadas, al otro lado de la pista. Al mismo tiempo, y como consecuencia del fuerte impacto, el Abuelo se derrumbó como si fuese un bolo. Ante una situación que en condiciones normales hubiese provocado la risa de todos, jugadores y espectadores, esta vez, dada la identidad del caído, no supimos muy bien cómo reaccionar. Atónitos todavía por lo que había sucedido, nos limitamos a observar cómo se incorporaba, aturdido todavía por el bolazo y la costalada, mientras al otro lado de la red Can se volvía hacia su compañero para decirle, con cierta guasa, que acababa de dilapidar cualquier esperanza de recibir una herencia del Abuelo. Este, que pudo seguir jugando, no olvidó sin embargo aquel lance del juego, llegando a repetir con cierta asiduidad, y con ese tono serio tan característico suyo, un «¡Todavía no he oído pedir perdón!» que otorgaba al partido un cariz más dramático si cabe. Afortunadamente, la sangre no llegó al río, en parte gracias a que Delibes había ganado aquel punto y también a que sus propios nietos, aun a sabiendas de que había sido una acción completamente fortuita, no dejaron de piropear la brillantez de aquella estrambótica dejada —algo que el propio escritor recordaría más tarde con su humor característico.

Sin duda mi primo Can es una persona especial y auténtica, de esas que no dejan indiferente. Siempre se ha caracterizado por minimizar los proble-



mas, por afrontar cualquier reto con la mayor de las ilusiones y, sobre todo, por transmitirnos a los demás una inusitada y desmedida euforia ante cualquier empresa por descabellada que fuera. Tipo audaz desde pequeño, rayando la inconsciencia en algunos casos. Solo así se entiende que bajase desde el mirador del segundo piso de la Casona agarrado a una cuerda que, desde fuera del jardín, tensábamos imprudentemente su hermano y sus primos. Fue el día que nos quedamos a solas con el Abuelo, y lo más llamativo de aquella excéntrica idea es que nuestra acción quedase impune pese a las miradas reprobatorias de los vecinos del pueblo que por allí pasaban.

Aunque es cierto que recibí algunas clases puntuales de tenis, debo decir que, por lo general, los Delibes hemos sido casi siempre bastante autodi-

dactas en lo que a deportes se refiere. En cualquier caso, nuestra instrucción no fue desde luego comparable a lo que en la actualidad se estila entre los jóvenes. En aquella época no disponíamos de tantos recursos y si los había únicamente accedían a ellos cuatro privilegiados, sobre todo en deportes como el tenis.

Recuerdo ahora que en los meses de veraneo coincidíamos con unos vecinos vitorianos que tenían la piscina enfrente de la Casona. Ricardo, que así se llama el cabeza de familia, era un prestigioso dermatólogo al que le guardo un especial cariño desde aquel verano en que me curó una herida bastante fea que me había hecho en Valladolid antes de nuestra escapada vacacional. Tras mi paso por Urgencias y el correspondiente periodo de reposo, se infectó y necesitó de una segunda intervención. Ricardo, en aquel momento de vacaciones en Sedano, atendió de buen grado la llamada de Miguel Delibes y, de forma desinteresada, se ofreció a llevarme al hospital de Vitoria en el que trabajaba, donde, según sus propias palabras, había que «refrescar los bordes de la herida y coserla de nuevo». Aquello fue mano de santo y la herida cicatrizó sin problema.

El caso es que su hijo mayor, Ricardito, que era de nuestra edad, recibía clases de tenis en Vitoria de forma intensiva y Ricardo, con el orgullo propio de un padre, alardeaba de las buenas maneras del

muchacho. Esto le llevó a cometer la imprudencia de aseverar que su hijo no tenía rival en el pueblo, algo que, a ojos de mis primos y del propio Delibes, suponía una afrenta a la familia en toda regla. Las condiciones del desafío no tardaron en fijarse: se enfrentaría a mi primo, Miguel Delibes Mateos. Cómo no, aquello trascendió más allá de un mero partido entre adolescentes. El Abuelo estuvo muy pendiente de aquel encuentro, que originó entre familiares y amigos una inusitada expectación y congregó en la pista mucho más público del que solía ser habitual. Una contienda en la que Miguel, con apenas unas clases de tenis a sus espaldas, pero con la motivación extra de salvaguardar el honor de la familia, infligió un duro correctivo a su oponente. Según cuenta mi primo, que siempre pecó de modesto, ser un par de años mayor que su contrincante y practicar aquel día un juego muy seguro basado en su revés cortado llevó a que Ricardito, claramente superado por el juego consistente de mi primo y por la presión de una pista repleta de público, perdiera la paciencia por momentos y cometiera infinidad de errores. Es evidente que Ricardo júnior, en cuanto a técnica se refiere, era superior, pero no contaba con esa capacidad de sufrimiento y entrega que siempre ha caracterizado a nuestra familia. La victoria fue especialmente celebrada por el Abuelo, que aprovechó la ocasión para arengarnos —los Delibes, lejos de ren-

dirnos, nos crecemos ante las adversidades— y para recordar la gesta de mi tío Juan, narrada en *Mi querida bicicleta*, cuando siendo un chaval, y sobre una vieja bici, venció a los ciclistas federados en la carrera Sedano-Covanera-Sedano.

En algunas ocasiones, Delibes se acercaba a ver los entrenamientos de Ángeles, hija de Pancho y Elisa y una de sus nietas favoritas, aunque ella no lo quiera reconocer. Perteneciente a la generación intermedia de nietos, disponía ya de un amplio abanico de posibilidades para poder practicar el tenis y le gustaba que su abuelo, aunque fuese de forma esporádica, se acercase a ver sus progresos. La percepción de Delibes era diferente, ya que no podía evitar desesperarse al comprobar como los alumnos se pasaban más tiempo recogiendo pelotas que jugando al tenis. Resultaba desquiciante observar en aquellos grupos de cinco o seis niños que aprendían a jugar el caos que se originaba cada vez que la cesta donde el monitor almacenaba las bolas se vaciaba. Los más pequeños optaban por acumular las pelotas sobre las cuerdas de la raqueta formando una pirámide, mientras que los adolescentes, por el contrario, las colocaban en zonas estratégicas de la pista para cargarlas posteriormente en el carro. Lo que no variaba era el mucho tiempo que se invertía en este menester. Para Delibes, un autodidacta en lo que a deportes se refiere, aquello no dejaba de ser una pérdida de tiempo y de dine-

ro, pues era de los que pensaban que, a base de mucha práctica, uno podía llegar a dominar cualquier actividad deportiva que se propusiera.

A pesar de ello, la Gaga, que así llamábamos entonces a Ángeles, continuó con la rutina de los entrenamientos y llegó a federarse, lo que le dio la oportunidad de participar en algunas competiciones. Quiso el destino que en su debut se topase con la número uno provincial, una niña de su misma edad, pero mucho más corpulenta. El cuerpo frágil y esbelto de Ángeles contrastaba con la robustez y poca gracia de una rival que, desde los primeros golpes, sentó las bases de lo que sería un cómodo triunfo para ella y una tortura para mi prima. Aquel amargo inicio en la competición federada contó con la presencia de un invitado de lujo, Miguel Delibes. Allí se presentó con la ilusión propia de un abuelo y sufriría, como si fuera suyo, el doble 6-0 que aquella fornida criatura le endosó a su nieta. Resignado en un lateral de la pista de tenis, el Abuelo se limitaba a suspirar y a repetir con cierta asiduidad: «Vaya lo uno por lo otro, vaya lo uno por lo otro». Un comentario que trajo en jaque al padre de la rival. Lo que no sabía aquel hombre es que Delibes buscaba consuelo en la comparación físico-estética entre ambas contendientes, y donde su nieta, a pesar de haber recibido un duro correctivo en la pista, salía claramente vencedora. Nada tiene de extraño que desde muy pequeña

la niña, en una familia en la que la mayoría de los nietos éramos varones, nos tuviera encandilados a todos, ni tampoco que se convirtiera, por su belleza, desparpajo y simpatía, en el ojito derecho de nuestro abuelo, con el que los Corzo Delibes compartían un dúplex. Ella me recuerda, divertida, como su hermano Manuel, a media tarde, solía gritar desde el piso superior: «¡Abuelo!, ¡ahora te bajo la merienda!». A lo que este, rápidamente, contestaba desde el octavo con un contundente y suplicante: «¡Nooo!, ¡que me la baje tu hermana!»; y así, Ángeles, siempre solícita, le bajaba la manzanilla con tres galletas para complacerle. Alguna vez le confesó a la niña que le hubiese encantado que nuestra abuela, Ángeles de Castro, hubiera sido tan deportista como ella, algo que nunca logró.

En la actualidad, la pista de Sedano está bastante abandonada. El inexorable paso del tiempo se ve reflejado en las grietas del suelo o en la vegetación que poco a poco se ha ido adueñando del espacio que en su día le perteneció. La caseta donde solíamos guardar la red y el pequeño banco de madera para los espectadores ha sido engullida por la yedra y el techo se ha venido abajo. De igual manera, se pueden apreciar zonas agujereadas en la verja que rodea la pista, supongo que provocadas por la chiquillería del pue-

blo en su afán de jugar en invierno. Podría decirse que la pista ha sufrido un deterioro progresivo similar al que soportase Delibes desde que publicase *El hereje* en 1998. Ese año le fue diagnosticado un cáncer de colon que le cambiaría para siempre, y la práctica del tenis, como ocurriese con otras de sus aficiones deportivas, pasó a mejor vida. Mis tíos Juan y Ana, con mis primos Diego, Manuel, Mateo, así como mi hijo Guillermo, siguen honrando cuando pueden este recinto deportivo que tantos días gloriosos brindó a la familia. Pero lo cierto es que ni siquiera las gestas de nuestro querido Rafael Nadal, por el que tanta simpatía y admiración sentía el Abuelo, o, en la actualidad, las del jovencísimo Carlotos Alcaraz, han sido motivo suficiente para devolver su viejo esplendor a la pista de Sedano.